

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE FILOLOGÍA



GRADO EN

FILOLOGÍA HISPÁNICA

Trabajo de Fin de Grado

Léxico religioso en el habla cotidiana

Clasificación y explicación de las
expresiones religiosas más habituales

Autor: Guillermo Alejandro Hernández

Tutor/a: Dr. /Dra. Jesús Fernández González

Salamanca. Curso 2019 -2020

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE FILOLOGÍA

GRADO EN
FILOLOGÍA HISPÁNICA

Trabajo de Fin de Grado

Léxico religioso en el
habla cotidiana

Clasificación y explicación de las
expresiones religiosas más habituales

Autor: Guillermo Alejandro Hernández

Tutor/a: Dr. /Dra. Jesús Fernández González

VºBº



Salamanca. Curso 2019 -2020

Índice

1. INTRODUCCIÓN	página 4
2. ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	página 5
3. INTERJECCIONES.....	página 5
3.1. Interjecciones expresivas.....	página 6
3.2. Interjecciones apelativas.....	página 8
4. ENUNCIADOS FRASEOLÓGICOS.....	página 9
4.1. Refranes.....	página 9
4.2. Proverbios	página 11
5. LOCUCIONES	página 12
5.1. Locuciones verbales	página 13
5.2. Locuciones sustantivas	página 15
5.3. Locuciones adverbiales	página 16
6. PALABRAS SIMPLES	página 16
7. PALABRAS MALSONANTES	página 17
8. CONCLUSIÓN	página 18
9. BIBLIOGRAFÍA	página 20
10. DECLARACIÓN JURADA	página 21

1. Introducción

Es indudable que la cultura occidental y, por ende, la española, se vertebra sobre la religión católica. Así, es habitual que nuestra civilización sea designada como judeocristiana. La religión permea todos los ámbitos de nuestra sociedad: el arte, la arquitectura, la música, la literatura, la danza, la moda, etc. Como no podía ser de otra manera, la lengua está de igual modo condicionada por las creencias que sustentan nuestro mundo. Al fin y al cabo, la lengua es un vivo reflejo de nuestra concepción de la realidad, de nuestro caminar como sociedad, en definitiva, de nuestra historia.

Detrás de este trabajo, está nuestra intención de demostrar cómo se manifiesta hoy en día la unión entre religión y lengua, en un momento en el que se está viviendo una desacralización generalizada. Esto encuentra su base en la filosofía posmoderna, pensamiento por antonomasia del sujeto ateo actual, quien está sufriendo la pérdida de los valores morales tradicionales determinados por el dogma católico.

El propósito de este estudio es llevar a cabo un corpus de palabras, modismos, refranes y otras construcciones que evidencian estas influencias. Nos centraremos en aquellas expresiones más extendidas, con un carácter más general, en el habla cotidiana. Esto nos permitirá apreciar la progresiva desacralización de estas voces. Este proceso ha llegado a tal punto que el hablante, en muchas ocasiones, ya no reconoce ese origen religioso: la integración es tal que muchas han perdido sus connotaciones sacras, aunque conserven la fuerza expresiva de sus orígenes.

La estructuración de nuestro trabajo sigue criterios morfológicos (interjecciones, fraseología, locuciones...) o semánticos (palabras malsonantes, eufemismos). Dentro de estos grupos, utilizaremos una clasificación diferente, aunque se recurrirá reiteradamente a la división atendiendo al referente (Dios, la Virgen, los santos, pasajes bíblicos...).

En síntesis, la religión inunda nuestra vida cotidiana y, en consecuencia, nuestra manera de expresarnos. Día a día, nuestro discurso se plaga de expresiones que de ninguna manera relacionaríamos con la fe. Este tema, en el que, desgraciadamente, tan poco ha indagado la tradición lexicográfica española, resulta de gran interés tanto para entender nuestra lengua como para acercarnos a nuestros ancestros y llegar hasta esos cimientos sobre los que se sustenta nuestra sociedad actual.

Tras esta introducción, emprendamos nuestra labor. *Que Dios nos pille confesados*.

2. Estado de la cuestión

La bibliografía existente acerca de la influencia de la religión sobre el léxico común no es abundante, ya que se han realizado, sobre todo, estudios concretos sobre alguna de las categorías gramaticales aquí tratadas o sobre un aspecto concreto, pero no un trabajo que conforme una panorámica general.

Ciertas referencias a usos lingüísticos religiosos son expuestas en *El español y los siete pecados capitales* (1980) de Fernando Díaz-Plaja, radiografía de los usos y las costumbres de los españoles. Posteriormente, el artículo “Tópicos religiosos en el español coloquial” (1982) de Lorenzo Rubio González ofrece un estudio considerablemente pormenorizado, especialmente esclarecedor en el apartado de saludos y despedidas.

Posteriormente, dejando de lado estudios generales que contienen análisis concretos sobre la influencia de la religión católica en alguno de sus apartados, destacan: “Refranes alusivos a Dios y a los santos” (1898) de Juliana Panizo, y los recientes *El léxico religioso en los diccionarios de la Real Academia Española* (2009) de Francisco Javier Sánchez García y “Modismos religiosos en la paremiología española” (2013) de María del Carmen García Estradé. Por último, es interesante el artículo comparativo, centrado en tres términos, y por ello muy específico, “Términos religiosos en el lenguaje profano de las lenguas románicas (rumano, francés, español e italiano): *aleluya, amén, kirieleisón*” (2009) de Daniela-Luminitfl Teleoaca.

3. Interjecciones

Las interjecciones son una clase de palabras (o grupo de palabras en el caso de las locuciones interjectivas y de los grupos sintácticos interjectivos) que bien expresan sentimientos, impresiones y reacciones afectivas, o bien inducen a una acción. Gramaticalmente presentan peculiaridades, entre las que cabe destacar su fonética y fonología más libres que otras palabras de nuestra lengua y su integración sistemática en segmentos exclamativos. No son pocas las teorías que las vinculan directamente con los orígenes del lenguaje, fruto de su gran expresividad y una estrecha vinculación con la gestualidad, ambos fenómenos en relación con la supervivencia del ser humano. Como señala Destutt de Tracy en su *Gramática general*:

En el origen del lenguaje se compone una proposición solo de un gesto, o de un grito, las primeras voces que se ofrecen son las que aun ahora explican por sí solas una proposición completa: estas voces son generalmente las que los gramáticos llaman interjecciones. [...] A los acentos naturales del lenguaje de acción han añadido las lenguas palabras como estas: ¡ay de mí!, ¡Cielos! ¡Dios! Nada tiene que advertir la gramática acerca de esa especie de palabras. Al sentimiento es al que pertenece usarlos con oportunidad.¹

De este modo, comprobamos que a principios del s. XIX ya se fijaba la vista en la permeación del léxico religioso en el terreno de las interjecciones. Este hecho no debe parecer de ninguna manera anecdótico, ya que resulta natural invocar al ser superior que vela por sus fieles en situaciones en las que el ánimo se ve turbado. Así, estas voces que manifestaban sentimientos en un solo clamor evolucionaron hasta conformarse por varias palabras que, de igual manera, exteriorizaban un sentimiento.

En la *Nueva gramática de la Lengua Española* (2009) se señala que “forman un nutrido grupo las interjecciones y locuciones interjectivas originadas a partir de nombres que hacen referencia al ámbito religioso” (p. 627). Si tomamos la clasificación que se realiza en esta obra atendiendo a la naturaleza gramatical de las interjecciones, concluimos que todas las señaladas en este apartado son impropias, esto es, proceden de otras clases de palabras. Como la cita indica, el total de estas palabras que se señalarán en el apartado derivan de sustantivos.

Además de diferenciar dos grupos según la naturaleza gramatical, también se establece en la *Gramática* una diferenciación que atiende al significado: interjecciones expresivas e interjecciones apelativas.

3.1. Interjecciones expresivas

En primer lugar, encontramos las interjecciones expresivas o sintomáticas, es decir, aquellas que manifiestan emociones, sentimientos o estados de ánimo. Estas presentan una gran variación geográfica y estilística y sus significaciones pueden variar conforme la entonación utilizada. En el presente apartado expondré las más habituales en el ambiente coloquial.

¹ Extraído de Hernández Guerrero, J. A. (1986). “La interjección en el lenguaje”. *Revista de filología española*, LXVI (nº 3/4), pp. 237 – 255.

Para expresar contrariedad, disgusto o decepción encontramos la interjección *demonios* y la frase exclamativa lexicalizada *vaya por Dios*. Como veremos en lo sucesivo, el mecanismo más frecuente de formación es la recurrencia a la deidad, exponente máximo de poder.

Aquellas que muestran sorpresa o perplejidad forman el grupo más abundante, estableciéndose grados en su uso sujetos al hablante y al contexto en gran medida. Las que, como hemos señalado, hacen referencia a la deidad, forman un grupo con múltiples variantes (la interjección *Dios*; las locuciones interjectivas *Dios mío*, *santo Dios*, *ay Dios*, *oh Dios*, *santo Dios*, *bendito sea Dios*, *por Dios*; las frases exclamativas lexicalizadas *por el amor de Dios*, *Dios me libre...*). Otro grupo abundante alude a la madre de los cristianos, de la que se suele destacar su inocencia y pureza, lo que potencia su expresividad y fuerza (*la Virgen*, *ay la Virgen*, *Virgen santa*, *madre santísima*, *madre de mi corazón...*). También es habitual *¡Jesús!* para indicar asombro, y no como respuesta al estornudo, puesto que en este caso pertenece a otro grupo de interjecciones. *Cielos/cielo santo* son utilizada del mismo modo, aunque es probable que estén perdiendo fuerza, restringiéndose a hablantes de mayor edad, en beneficio de la más utilizada: *hostia*. Esta interjección es malsonante, considerada blasfemia al aludir a la “hoja redonda y delgada de pan ácimo, que se consagra en la misa y con la que se comulga” (DEL), elemento capital dentro de la liturgia católica. En el extremo opuesto al bien, encontramos las interjecciones *¡Demonios!* y *¡Diablos!*, cuya connotación maligna incrementa su fuerza expresiva.

Es preciso añadir *como hay Dios*, fórmula interjectiva utilizada para enfatizar un juramento (*¡como hay Dios que tú me robaste el libro!*), y *por Dios*, otra expresión jurídica que, además, cuenta con dos acepciones más usadas para revelar lamentos o para mostrar asombro (*¡Por Dios que he visto cómo copiabas!*, en sentido jurídico; *¡Te pido por Dios que me ayudes con el trabajo!*, donde se manifiesta una súplica; *¡Por Dios! ¿Qué estás haciendo?*, para denotar perplejidad). También es habitual escuchar *que baje Dios y lo vea* para asegurar que lo que se ha dicho es cierto (*Si no es cierto que te has comido la tarta entera, que baje Dios y lo vea*).

Uno de los fenómenos más habituales que sufre el habla cotidiana es el eufemismo. La intención de evitar una palabra malsonante o tabú, que pueda contener implicaciones negativas, conduce a sus hablantes a agudizar el ingenio para encontrar alternativas,

siguiendo la idea expuesta por George Steiner en su célebre cita “lo que no se nombra no existe”. Por ello, durante siglos, los fieles han evitado al diablo, en todas sus figuras, y a la forma consagrada en sus discursos. Fruto de esta intencionalidad, surgen en el habla cotidiana los eufemismos *diantres* y *ostras*, términos que han sufrido alteraciones fonéticas que todavía establecen lazos reconocibles con sus referentes, pero evitan citarlos abiertamente. De modo paralelo, la lengua inglesa evita el *oh my god* recurriendo a *oh my gosh*, a la vez que rehúye *what the hell* -la mención del infierno- por *what the heck*.

3.2. Interjecciones apelativas

En el lado opuesto a las expresivas, se hallan las interjecciones apelativas o directivas, expresiones que pretenden mover al oyente hacia una acción, y que cuentan además con una función social. La *Nueva Gramática* establece, de nuevo, una diferenciación dentro de esta clase: no formularias son aquellas utilizadas para realizar promesas o aseveraciones categóricas (*palabrita del niño Jesús*); formularias son las interjecciones que rigen los comportamientos sociales, habitualmente ritualizadas.

¡Jesús!, como interjección apelativa, es la respuesta más habitual ante un estornudo. La explicación de este fenómeno se remonta a la antigüedad clásica, momento en el que se creía que esta respuesta biológica era un aviso de los dioses. Durante el transcurso de los siglos, muchas son las interpretaciones que se han dado al fenómeno, todas en línea con el pensamiento señalado, pero resulta evidente que actualmente se alude a Cristo con la intención de prevenir al que estornuda de cualquier mal.

Los saludos y las despedidas también forman parte de las interjecciones apelativas, singulares por la enorme formalización a la que se han sometido. Nuestro común *buenos días* (y sus variantes *buenas tardes* y *buenas noches*) no supone más que la abreviación del *buenos días nos dé Dios*. Esta formulación, como señala Lorenzo Rubio González en su artículo “Tópicos religiosos en el español actual”, puede atestiguarla actualmente en gentes sencillas y rurales o en personas excesivamente refinadas, todas ellas de avanzada edad. Debido a la constante repetición del saludo, este se sitúa en una situación más propensa a sufrir procesos de economización, hasta llegar al formulismo sin connotación religiosa y absolutamente ritualizado que encontramos en nuestros días.

De modo muy similar a lo que ha ocurrido con los saludos, el sentido religioso de las despedidas también se ha visto minimizado. La forma de la interjección *adiós* es

transparente, y fácilmente podemos percibir su vinculación con la religión (a Dios). *Hasta mañana si Dios quiere*, fórmula completa de saludo poco habitual hoy en día, se ha visto reducida también al simple *hasta mañana*. Los segmentos que aludían al ser superior en estas expresiones han desaparecido en la mayoría de los casos: *ve con Dios, con Dios, a la paz de Dios* ya son difíciles de encontrar. Para terminar, es pertinente señalar la curiosa diferencia entre los saludos, donde se reproduce un deseo suplicatorio, frente a las despedidas, en las cuales el hombre se supedita a la voluntad divina.

4. Enunciados fraseológicos

La fraseología constituye el estudio de las expresiones fijas y las combinaciones de palabras estables que inundan prácticamente todas las lenguas. Estas uniones pueden darse en un nivel inferior, entre palabras ortográficas, en lo que se denomina locuciones. Sin embargo, si su límite es la oración compuesta, estamos hablando de enunciados fraseológicos (Zuluaga 2003: 2).

Los enunciados fraseológicos forman, por sí mismos, enunciados completos. Además, fundamentalmente se caracterizan por ser capaces de alcanzar su sentido completo sin recurrir a un contexto verbal inmediato. Dentro de esta clasificación se incluyen refranes, dialogismos, wellerismos, citas y proverbios. En lo que a la religión compete, resulta especialmente interesante el análisis de refranes y proverbios.

4.1. Refranes

El lingüista mexicano Miguel Agustín Perales, a propósito de los refranes, comentaba que “es la naturaleza del ser humano compendiar, expresar ingeniosamente y hasta humorísticamente una enseñanza de manera coloquial; eso facilita la retención y hace que se memorice con facilidad²”.

Los refranes se caracterizan por su autonomía textual, como ya hemos señalado, pero también por su independencia anafórica, catafórica y deíctica del contexto. No es común que formen parte de una oración y, cuando lo hacen, se encuentran introducidos por fórmulas. Su significación total, en muchos casos, no se deduce a partir de la suma de sus elementos, sino que estos cobran sentido total en la cultura en la que han sido creados.

² Extraído de Le Fleur, L. (2002). “Los refranes buenos y necesarios para toda ocasión. ¿Conoces la diferencia entre dichos, proverbios y refranes?”. *La prensa*, XIV.

De este modo, no resulta extraño considerarlos no tanto fenómenos lingüísticos sino culturales.

Sin embargo, los valores implícitos en la proverbia es lo verdaderamente interesante para este estudio. Los habitantes nativos de una cultura atribuyen valores de verdad a los refranes, como si un tipo de conocimiento ancestral estuviera codificado en ellos, de lo cual deriva el didactismo que presentan.

A consecuencia de haberse originado en el seno de una cultura concreta, se erigen como manifestaciones de la ideología de esta sociedad en la que germinan. Para ejemplificarlo, observamos que, en la actualidad, estamos siendo testigos de la revisión a un sinnúmero de usos sexistas que plagan nuestra lengua, de la que los refranes no son ajenos, y que ponen de manifiesto la ideología machista predominante hasta el siglo pasado (*la mujer y el vino engañan al más fino* o *la mujer y la sardina en la cocina*).

Si tomamos en cuenta el prestigio sapiencial que tienen estas unidades fraseológicas fijas, y recordando que, tradicionalmente, la moral predominante ha sido la cristiana, es natural el elevado número de refranes cuya enseñanza se edifica sobre la religión católica. Para organizarlos, atenderemos al referente que toman, ya sea Dios, el diablo, los santos o costumbres propias de los fieles. Se tomarán exclusivamente los que tienen un carácter más general, y en su forma más habitual, puesto que un estudio geográficamente pormenorizado pondría de manifiesto una desmedida cantidad de refranes autóctonos de cada territorio, así como una variabilidad casi infinita.

De modo similar a lo que ocurre con las interjecciones, la alusión a Dios es el procedimiento más recurrente para la formación de refranes: *a quien madruga Dios le ayuda, el hombre propone y Dios dispone, a Dios rogando y con el mazo dando, cada uno en su casa y Dios en la de todos, cuando se cierra una puerta Dios abre una ventana, Dios da pan a quien no tiene dientes, Dios aprieta, pero no ahoga, de los amigos me guarde Dios que de los enemigos me guardo yo, Dios los cría y ellos se juntan, encender una vela a Dios y otra al diablo, quien a Dios tiene nada le falta y al César lo que es del César, Dios me dé contienda con quien me entienda y a Dios lo que es de Dios*.

Todos estos dichos ponen de manifiesto el carácter omnipotente de Dios, esto es, su infinito poder, a la vez que subrayan su bondad, formando la imagen de un ser que vela por sus fieles y los previene de cualquier mal.

Las referencias a los santos, subrayando alguna de las cualidades que los identifican, es otro modo usual para la constitución de estas expresiones: *a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga* -el santo mencionado acata las órdenes de su superior-, con múltiples variantes atendiendo al patrón de la localidad; *a cada cerdo le llega su San Martín* –su correspondiente onomástica, 11 de noviembre, señalaba el momento de matanza de estos animales-; *Santa Rita, lo que se da no se quita* –a partir de la leyenda que relata cómo una mujer perdió a su novio y con estas palabras increpó a la santa-; *una y no más, Santo Tomás* –en relación con la incredulidad que el discípulo mostró ante la resurrección de su maestro-; *Solo te acuerdas de Santa Bárbara cuando truena* –mártir cuyo padre murió asesinado por un rayo, acontecimiento que la convirtió en la patrona de las tormentas, por lo que, para evitar una, los marineros solían invocarla-.

El mal, aunque en menor medida, también aparece en el acervo cultural de nuestra sociedad, para atestiguar la sabiduría que las personas mayores han adquirido durante toda su vida (*más sabe el diablo por viejo que por diablo*), para criticar la pérdida del tiempo (*cuando el diablo se aburre, mata moscas con el rabo*) o con la finalidad de remarcar el amor existente entre tíos y sobrinos (*a quien Dios no da hijos, el diablo le da sobrinos*³).

Por último, encontramos un refrán que alude a una de las prácticas más habituales de los creyentes, el dar limosna, al mismo tiempo que los instruye moralmente (*cuando hicieres limosna, no toques bocina ni trompa*).

4.2. Proverbios

Julio Casares, en su *Introducción a la lexicografía moderna* (1992 [1995]), definió los proverbios como “dicho que se hizo famoso por el acontecimiento histórico que le dio origen, por la anécdota, real o imaginaria, a que se refiere, o bien por la persona o personaje a quien se le atribuye” (p.191). Al igual que los refranes, se trata de sentencias arcaicas, de conocimiento general, con un tono grave y que encierran un saber útil, pero el autor, ya sea una persona real o un personaje, es conocido por los usuarios que utilizan el proverbio y, por ello, suele pertenecer a un registro más culto.

³ Nótese que, aunque no abundan, son habituales las expresiones que oponen la acción de Dios a la del demonio.

Son abundantes los proverbios tomados directamente de las palabras de Jesús: *quien esté libre de pecado que tire la primera piedra* (Juan 8, 7) es la respuesta que Cristo da a aquellos que increpan a la esposa adúltera, utilizado en la actualidad para señalar que nadie tiene una conducta perfecta; *la carne es débil* (Mateo 14, 38) son las palabras que el Mesías dirigió a sus discípulos antes de ser prendido en el huerto de los olivos, cuya significación no ha variado mucho, indicando que la voluntad nunca es totalmente férrea; tampoco es inusual escuchar *perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lucas 23, 34) para advertir sobre una acción que el hablante no considera apropiada, trasladando esta exclamación que Jesús vertió sobre el pueblo judío en la cruz; Jesucristo, entre otros muchos consejos, dijo en el monte a sus apóstoles *que no vea tu mano izquierda lo que hace tu derecha* (San Mateo 6, 3), empleado hoy en día con el propósito de recomendar la reserva en todos los asuntos; tras ser tentado por el diablo en el desierto, el hijo de Dios le argumenta que *no solo de pan vive el hombre* (Mateo 4, 3), haciendo alusión a las necesidades espirituales, o no exclusivamente alimenticias, que hoy también se siguen manteniendo; en otro de sus muchos sermones al pueblo, Jesús afirmó que *nadie es profeta en su tierra* (San Lucas 4, 24), aplicado hoy a aquellos que salen de su tierra, en la cual se le han negado oportunidades. Inscrita en una de sus parábolas, se encuentra el recurrente proverbio *los últimos serán los primeros* (Mateo 19, 30), cuyo significado no dista mucho del propio sentido del relato bíblico, advirtiendo sobre la insensatez de intentar ser el primero.

Frente a los citados proverbios, inscritos en el Nuevo Testamento, encontramos otro tan frecuente como estos, pero en boca de uno de los profetas del Antiguo Testamento: *de todo hay en la viña del señor* (Isaías 5, 7). Actualmente, siempre se elide la segunda parte que completaba la sentencia (*uvas, pámpanos y agraz*), pero su sentido no ha sufrido cambios, ya que sigue indicando que en el mundo existen personas de todas las condiciones y naturalezas.

5. Locuciones

Las locuciones son las expresiones fijas que más abundan en nuestro vocabulario. Escandell (2007: 156) las identifica como “combinaciones fijas y no composicionales”, es decir, que no admiten ningún tipo de variación (aunque sí presentan flexión verbal y nominal en alguno de sus constituyentes), y cuyo significado no se deduce a partir de la suma de sus componentes, puesto que han adquirido un sentido nuevo. Algunas de sus

características son: no admiten sustitución sinonímica de sus componentes, los cuales tampoco pueden ser modificados (?*Antonio me cae obeso/Antonio me cae gordito*), no se coordinan con elementos ajenos a la construcción (?*Antonio me cae gordo y me parece antipático*), sus partes no pueden ser elididas ni enfatizadas, aunque sí que se pueden intensificar (*Antonio me cae muy gordo*) y, por último, no admiten cambios de voz (**Antonio es caído gordo por mí*).

Nuestra lengua se enriquece con estas construcciones, ya que se introducen expresiones que permiten designar nuevas realidades, facilitando así la expresión. Las locuciones que hacen referencia a la religión, algunas de un modo casi imperceptible, son muy abundantes. Para facilitar el estudio, dividiemos este apartado atendiendo a la categoría gramatical a la que pertenezca la locución.

5.1. Locuciones verbales

Las locuciones verbales cumplen la función de núcleo del predicado. Continuando con el criterio utilizado en apartados anteriores, las clasificaremos siguiendo una pauta semántica.

Tomando a Dios como referente, nos encontramos con las siguientes locuciones: para señalar una gran disputa o discusión, similar a la que se produjo en el concilio de Nicea cuando se debatía sobre la naturaleza divina de Jesús, nos servimos de la expresión *armarse la de Dios es Cristo*. Cuando un hablante pretende señalar que un acto se ha ejecutado correctamente, exclama que *se ha hecho como Dios manda*. Las personas o las cosas inútiles a menudo son tachadas de *no servir a Dios ni al diablo*. Las afirmaciones categóricas son reafirmadas utilizando la locución *poner a Dios por testigo*, de modo que aquel que jura emane absoluta seguridad, quien se atreve a invocar a la deidad. Por último, en lo que a Dios se refiere, encontramos *estar en la gloria de Dios*, lo que demuestra que las locuciones verbales tampoco son ajenas al fenómeno eufemístico, por el cual se evita decir que alguien ha muerto.

Especialmente curiosas resultan las locuciones que señalan comportamientos propios del clero, especialmente con connotaciones negativas, donde por comparación se enfatiza el cómodo estilo de vida (*vivir como un cura*) o la tendencia huraña y abusadora de ciertas personas (*vivir como un fraile*).

Los santos no se quedan al margen de estos dichos, y forman parte de las siguientes locuciones verbales: *encomendarse alguien a buen santo* supone pedir buena ayuda para sortear un gran peligro; *llegar y besar el santo*, como concluyen las largas peregrinaciones, subraya la brevedad de un acto; *no ser alguien santo de la devoción de otra persona* hace alusión a la poca confianza que una persona inspira en otra, de modo similar a las devociones que los santos provocan, o no, en ciertos fieles; con la intención de justificar que alguien ha olvidado lo que iba a decir, este puede argumentar que *se le ha ido el santo al cielo*; por último, encontramos *quedarse para vestir santos*, ocupación que sería llevada a cabo por las mujeres solteras, lo que daría lugar a una locución que alude a las mujeres que han llegado a cierta edad sin haber adquirido el compromiso matrimonial.

La figura de Cristo también ha sido tomada para la elaboración de estas construcciones fijas, aludiendo al mal estado que presentaba su cuerpo de camino al calvario, producto de las torturas a las que había sido sometido (*estar hecho un Cristo*), para indicar el estado lastimoso de alguien. Por el lado opuesto, el mal, encarnado en el demonio, es protagonista de otras dos locuciones: *correr como alma que lleva el diablo* es utilizado para señalar la rapidez y ligereza con que una persona huye, de manera similar a como lo haría alguien poseído por él, y *hacer un frío de mil demonios* para indicar el grado superlativo de frío que hay en el ambiente.

El grupo más numeroso dentro de esta categoría lo conforman las locuciones verbales que aluden a pasajes o situaciones que tienen lugar en la Biblia. Algunas de ellas son: *lavarse las manos*, tal y como hizo Pilato para significar que nada tenía que ver con la decisión de crucificar a Cristo, viene a señalar que alguien se desentiende de un asunto; *llorar como una magdalena*, expresión que alude al llanto de María Magdalena tras la muerte de Jesús, subraya la gran magnitud del acto; *tener la cabeza más dura que un apóstol* (igual que la locución adjetiva *ser más papista que el papa*) se aplican a las personas inflexibles, rectas y cabezonas; *vivir un calvario*, como el de que sufrió el hijo de Dios, supone pasar por una situación dura y complicada. Para decir que una persona está haciendo daño con inquina, utilizamos la expresión *meter el dedo en la llaga*, modo que Santo Tomás tuvo de confirmar la resurrección de Dios; *predicar en el desierto* es como se define el acto de intentar convencer a las personas que no entienden o no quieren entender lo que se les está diciendo; mostrar indignación es *rasgarse las vestiduras*, comportamiento propio de aquellos que recibían un agravio, los cuales rompían sus ropas

para rechazar la ofensa. Por último, padecer un castigo no merecido supone *pagar el pato*, una expresión que, en un primer vistazo, no se vincula directamente con la religión, pero de la cual algunos autores han expuesto una etimología sacra. García Estradé señala:

La palabra *pato* no significa animal, sino *pacto*, pronunciada en el siglo XV como ‘pato’. El pacto alude a la alianza del pueblo judío con Dios, cuya ley se contenía en la Torá, los cinco libros del Pentateuco, en el Antiguo Testamento. Los cristianos, seguramente por ignorancia, confundieron la *Torá* con la ‘tora’ o vaca, creyendo que, en el templo, los judíos adoraban a un animal, la hembra del toro, por lo que se burlaban de ellos y sacando en procesión una vaca, gritaban: «pagaréis el pato, pagaréis el pato», de donde se originó el modismo. Este origen está avalado por Iribarren y Buitrago. (2013: 137)

No podemos finalizar este apartado sin señalar: *hablar cristiano*, por utilizar un estilo de habla sencillo y comprensible; *ser un viva la virgen* para alguien despreocupado y alocado; *hacerle la cruz a alguien* supone sentir rechazo por una persona y manifestar la intencionalidad de no mantener un trato con ella; *decir amén a todo* supone asentir a aquello que se dice, sin cuestionamiento posible; *tener a alguien en un altar* se utiliza para significar que se tiene a alguien en gran estima; por último, *decir misa* desecha lo que otro ha dicho, frente a *ir a misa*, expresión que denota que algo es indiscutible, oposición que pone de manifiesto lo caprichoso que resulta, en algunas ocasiones, nuestro idioma.

5.2. Locuciones sustantivas

Las locuciones sustantivas, del mismo modo que las verbales, son aquellos conjuntos fijos de palabras que cumplen las funciones propias de un sustantivo (sujeto, complemento directo y término de un sintagma preposicional).

Como locuciones nominales que hacen referencia a la deidad, encontramos *alma de Dios* para designar a una persona bondadosa y sencilla y *ni Dios*, locución pronominal, que viene a decir que ninguna persona, ni aquella situada en lo más alto, puede realizar la acción (esta locución se utiliza con un valor enfático).

Todas las construcciones que siguen toman como referente, de un modo u otro, el libro sagrado del cristianismo o sucesos que en él se narran: *beso de Judas* designa un acto aparentemente afectivo, pero que encubre una traición; *chivo expiatorio* es el “macho cabrío que el sumo sacerdote sacrificaba por los pecados de los israelitas” (*DLE*), aunque

actualmente se utiliza como sinónimo de *cabeza de turco*; *arca de Noé* tiene una significación similar a *cajón de sastre*, lugar donde se guardan cosas muy variadas, estableciéndose un símil con la nave donde Dios mandó a Noé guardar una pareja de cada especie; designamos como *biblia en verso* a cualquier escrito farragoso de dificultosa lectura. En último lugar, *abogado del diablo* define a una persona que defiende causas en las que verdaderamente no cree y *mano de santo* se aplica a los remedios que rápidamente y con total efectividad cumplen su cometido.

5.3. Locuciones adverbiales

Sirviéndonos del mismo criterio para definir las locuciones adverbiales, podemos afirmar que son aquellas que cumplen la función prototípica de un adverbio: funcionan como complemento circunstancial sin preposición.

Si Dios quiere es una coletilla habitual de muchos enunciados, utilizada para señalar la devoción al ser superior, puesto que no cuenta con un significado como tal. Por su parte, *como Dios manda* remarca que algo se ha hecho bien, derivado del hecho de que cualquier mandato divino es, igual que él, perfecto. Además, todos sus actos son abundantes, puesto que él es omnipotente, por lo que hacer algo *de Dios* supone hacerlo copiosamente, en abundancia. *Para mayor inri*, acrónimo que significa ‘IESVS NAZARENVS REX IVDAEORVM’, señala la RAE se utiliza con el sentido de ‘para mayor escarnio’. *A buena fe* indica que algo se ha realizado sin duda, de seguro, mientras que con *a santo de qué* se cuestiona con qué pretexto o finalidad se ha realizado un acto. Finalmente, *en un santiamén* hace hincapié en la rapidez con la que una acción se ha llevado a cabo, de modo similar a la interjección que cierra la eucaristía.

En definitiva, aunque la lista no es exhaustiva, nuestra pretensión es demostrar cómo el terreno de las locuciones se ha visto colonizado, en un porcentaje bastante alto, por término que en origen podía sobreentender connotaciones religiosas, a pesar de que hemos demostrado cómo dichas implicaciones han ido disolviéndose.

6. Palabras simples

El léxico de una lengua presencia cómo sus fronteras se ensanchan o estrechan constantemente, no debido exclusivamente a la incorporación de nuevas voces, sino también porque en nuestro idioma opera el cambio semántico, un fenómeno que toma fuerza por la naturaleza flexible que tiene el significado conceptual.

Uno de los procesos que cambia el significado de un término es la metáfora. Esta estrategia proyecta el dominio conceptual de un término sobre otro. En nuestro estudio, veremos la abundancia de sustantivos que proceden de personajes o elementos bíblicos, los cuales se han generalizado y, en consecuencia, han ampliado su dominio.

Una de las palabras más habituales es el término *virginidad* y su familia (*virgen*, *virginal*, y las construcciones derivadas *ser virgen*, *perder la virginidad...*), utilizado para designar a las personas que no han mantenido relaciones sexuales, aludiendo a la madre de Dios, quien concibió a su hijo sin llegar al acto sexual. Un *diablo*, un *demonio*, un *satán* o un *barrabás*, producto de la naturaleza abyecta del famoso preso o de la figura maligna por antonomasia, son utilizados para nombrar a sujetos temerarios, con mal genio y traviesos, aunque con matices sujetos al hablante que los utiliza. En la misma línea, con un sentido amplio y coloquial, utilizamos *infierno* para hacer alusión a lugares o situaciones que suponen un gran sufrimiento. Por el lado moralmente opuesto, un *ángel* es un ser humano cuyas cualidades se asemejan a las de estas criaturas bíblicas, con atributos tales como la bondad, la belleza o la inocencia. Además, *paraíso* puede representar un lugar ameno y donde se está a gusto.

Otros términos de este tipo son: *fariseo* aplicado a las personas hipócritas, aludiendo a la secta judaica; *judas*, en referencia al apóstol que vendió a Jesús, es como se denomina a cualquier traidor; *adefesio*, cuya etimología es *ad Ephesios*, título de la epístola de San Pablo que narra las penalidades de este santo durante su predicación y que, por extensión, actualmente se destina a las personas extravagantes, feas y disparatadas; por último, *onanismo*, como sinónimo de masturbación, deriva del personaje bíblico *Onan*, del cual se relata en el Génesis que practicaba el *coitus interruptus*, lo que, en una mala interpretación, se entendió como masturbación.

A este breve ejemplario, cabe añadir todas las palabras de origen bíblico que no han cambiado su significado, pero que siguen contando con plena vigencia, como puede ser *pecado*, *amén*, *altar*, *aleluya*, *epifanía*, *pecar*, entre otras.

7. Expresiones malsonantes

García Meseguer en *Lenguaje y discriminación sexual* (1984) expone que “el análisis de los insultos, en cualquier cultura, es fecundísimo para conocer los valores sociales

convenidos. Un insulto es la negación de una cualidad que se supone que debe existir” (p. 80). Esta misma idea se puede aplicar a las expresiones malsonantes que trataremos en este apartado. Si conmutamos la “cualidad” por una realidad cuya existencia da sentido a la vida de un hablante, y consideramos que esa realidad es Dios, su negación es lo que se conoce como blasfemia. Al mismo tiempo, las expresiones malsonantes se enmarcan en los actos amenazadores de la imagen positiva, como señalaron Brown y Levinson en *Teoría de la cortesía* (1987).

El polémico juicio en el que el actor Willy Toledo se vio involucrado hace poco tiempo, acusado por la Asociación Española de Abogados Cristianos de ofender los sentimientos religiosos por “cagarse en Dios” en una publicación de Facebook, es una prueba de que esta problemática está de plena actualidad. Consideramos que este tipo de manifestaciones son innecesarias, ya que la lengua provee maneras enfáticas y muy expresivas para manifestar contrariedad sin herir la sensibilidad de las personas. Sería paradójico que al mismo tiempo que eliminamos usos racistas, por poner un ejemplo, nos dediquemos a crear expresiones que ofendan a un colectivo numeroso en todo el mundo: los cristianos.

Estas expresiones que hemos mencionado son *cagarse en Dios*, *cagarse en la Virgen*, *cagarse en Cristo...* u otras variantes que incluyen santos o personajes relevantes dentro del relato bíblico. En este caso, la blasfemia radica en la carga escatológica, vertida directamente sobre los elementos fundamentales de una religión, esto es, la deidad o las personas sobre las que, para millones de personas en todo el mundo, se sustenta su existencia. Por ello, es habitual *cagarse en diez*, expresión eufemística para sustituir a Dios, aunque es preciso señalar que su origen es incierto y algunos estudiosos afirman que deriva de Jean François D’Huez, un sanguinario general napoleónico.

Dichas expresiones presentan variaciones de usos, atendiendo sobre todo a las variantes edad (más frecuente en adolescentes y jóvenes, quienes ya no tienen tanto respeto por la religión como antes y muestran mayor rebeldía en sus idiolectos), género (hay estudios que demuestran que las mujeres son más corteses) y de clase social (de nuevo, diversos estudios revelan que las clases bajas tienen mayor probabilidad de utilizar expresiones malsonantes).

8. Conclusión

Ya hemos comprobado la influencia que la religión católica presenta sobre el léxico coloquial. Es evidente que muchos de estos términos y expresiones se están desacralizando, prueba manifiesta de la pérdida de la fe y de la reducción del poder de la Iglesia que se vive en la sociedad actual.

Estas expresiones cuentan con una presencia y vitalidad absolutas en nuestra lengua. Dicha influencia deriva de la tradición oral, con la consiguiente importancia de la predicación, puesto que numerosos modismos se remontan siglos atrás, tiempo en el que el acceso a los materiales sacros estaría restringido. De este modo, el pueblo se fascinaría con los relatos más llamativos de la Biblia, tales como el martirio de Jesús, la traición de Judas, la virginidad de María, la omnipotencia de Dios, entre otros; incorporándolos en expresiones que terminaron fosilizadas. La carga ética de este léxico habitualmente se presenta con una visión moral tan maniquea como la bíblica, donde lo absolutamente bueno (ángeles, Dios, clero) se opone a lo terriblemente malvado (diablo, infierno, satanás).

Otro aspecto que resulta decisivo para comprender esta abundancia es la fuerza expresiva que impregna todas estas voces. La fe emana directamente del interior de los fieles, la parte más irracional del ser humano, lo cual favorece su influencia en el terreno de interjecciones e insultos, léxico íntimamente ligado a la vertiente más irracional del hombre.

Como consecuencia de la naturaleza divina de este léxico -la vida de muchos fieles se sustenta sobre estas creencias-, suelen surgir polémicas sobre su uso. Las actuales revisiones que se están haciendo de las manifestaciones lingüísticas que oprimen a ciertos colectivos minoritarios deben hacernos reflexionar del mismo modo sobre las expresiones religiosas. La lengua se está desacralizando, por lo que los creyentes deben de ser conscientes de los cambios semánticos, procesos naturales, y no deben de sentirse ofendidos por estos cambios. No cabe duda de que hay usos blasfemos que es preferible omitir para no herir la sensibilidad de ningún ciudadano, pero hay que saber diferenciar y aceptar aquellos procesos lingüísticos naturales que enriquecen nuestros discursos.

En definitiva, es nuestra tarea como filólogos seguir investigando los mecanismos de nuestra lengua, analizando los procesos evolutivos, con el fin de esclarecer tanto la historia de nuestra lengua como la de nuestra sociedad, relatos que avanzan paralelos, y en el que la evolución lingüística actúa como espejo de la social.

9. Bibliografía

Centro Virtual Cervantes. *Refranero multilingüe*. Recuperado el 11/06/2020 de <https://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/Default.aspx>

Escandell, M^a Victoria (2007). *Apuntes de semántica léxica*. Madrid: UNED.

García Estradé, M. C. (2013). Modismos religiosos en la paremiología española: un patrimonio inmaterial de la cultura cristiana. En Campos y Fernández de Sevilla, F. J. (coord.), *Patrimonio inmaterial de la cultura cristiana*, pp. 119 – 146. Madrid: Ediciones Escorialenses.

Hernández Guerrero, J. A. (1986). “La interjección en el lenguaje”. *Revista de filología española*, LXVI (nº 3/4), pp. 237 – 255.

Martínez Lara, J. A. (2009). “Los insultos y palabras tabúes en las interacciones juveniles. Un estudio sociopragmático funcional”. *Boletín de lingüística*, vol XXI (nº 31), pp. 59 – 85.

Panizo Rodríguez, J. (1989). “Refranes alusivos a Dios y a los santos”. *Revista de folclóre*, nº 105 (tomo 9b), pp. 105 – 108.

Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.3 en línea]. <<https://dle.rae.es>> Consultado el 13/06/2020.

Rubio González, L. (1982). “Tópicos religiosos en el español actual”. *Revista de folclóre*, nº 23 (tomo 2b), pp. 158 – 165.

Sánchez García, F. J. (2009). *El léxico religioso en los diccionarios de la Real Academia Española*. Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.

Teleoaca, D. L. (2009). “Terminos religiosos en el lenguaje profano de las lenguas románicas (rumano, francés, español e italiano): *aleluya, amén, kirieleisón*”. *Verba. Anuario Galego de Filoloxía*, vol. 36, pp. 399-417.

Zuluaga Gómez, F. O. (2003). *Análisis pragmalingüístico de las unidades fraseológicas en español con atención especial a los refranes*. Medellín, Colombia: in eigen beheer.

DECLARACIÓN JURADA

Yo, Guillermo Alejandro Hernández, con DNI 71038855C, DECLARO que he sido la única persona que ha realizado el presente trabajo íntegramente y que ninguno de los materiales que se adjuntan ha sido escrito o elaborado por otra persona, excepto las citas o el material identificado como perteneciente a otro.

Hago esta declaración jurada sabiendo y comprendiendo que, de comprobarse su falsedad, la calificación será negativa.

Fdo.

Handwritten signature of Guillermo Alejandro Hernández in black ink, featuring a large, stylized 'G' and 'H'.

En Salamanca, 15 de junio 2020

AUTORIZACIÓN PARA LA INCORPORACIÓN DEL TFG AL REPOSITORIO INSTITUCIONAL DE LA UNIVERSIDAD.

D/D^a Guillermo Alejandro Hernández con D.N.I 71038855C AUTORIZO que el Trabajo de Fin de Grado titulado "Léxico religioso en el habla cotidiana", sea incorporado al Repositorio Institucional de la Universidad de Salamanca en caso de que sea evaluado positivamente con una nota numérica de 9 o superior.

Fdo.

Handwritten signature of Guillermo Alejandro Hernández in black ink, identical to the one in the first document.

En Salamanca, 19 de junio 2020

